



Bibliografía

Regional Analysis and Development

J. Blunden y otros. Open University. Londres, 1979.

El análisis regional ha cobrado un creciente interés en los últimos años. En efecto, la cuestión es importante, ya que el desarrollo de un país postula un crecimiento diferencial y equilibrado de las distintas regiones que le integran, para cuyo planeamiento se necesita una gran información sobre posibilidades y recursos.

La diversidad complementaria y la especialización armónica son condicionantes básicos para la ordenación del territorio dentro de una organización efectiva de las actividades regionales.

El proceso de reunión de datos y su análisis como base de la promoción de las distintas áreas y corrección de desequilibrios constituye una preocupación dominante de geógrafos, economistas y planificadores. La identificación de causas y efectos en el contexto socioeconómico y la formulación de una política basada en regiones con auténtico sentido operativo se inscribe hoy con carácter preferente en las tareas de los gobiernos cualquiera que sea su ideología.

El libro objeto de nuestro comentario es ante todo un reflejo del creciente interés, por otra parte bien justificado, de los temas que comprende la teoría actual del análisis del desarrollo y su aplicación eficaz.

Integrado por una serie de *papers* o ensayos de calificados especialistas anglosajones, cada ensayo va precedido de una nota preliminar que sintetiza su contenido a la vez que establece una relación con los restantes para brindar un marco coherente al lector y esclarecer los temas siempre complejos del desarrollo regional y su base analítica.

Una toma de conciencia de los problemas y posibilidades de la sociedad afluyente, niveles de desempleo y renta *per capita*, la teoría de la localización regional, el macroanálisis, considerando el transporte y las bases de interacción espacial y sectorial, el microanálisis referido a las ventajas de la industrialización y al mercado como factor de su localización, constituyen los puntos más destacados, haciendo especial referencia a las intervenciones de los Gobiernos para una evolución reordenadora de los esquemas administrativos, a la par que correctora de los desequilibrios espaciales de producción y renta sobre la base de una programación selectiva.

En la definición de las directrices previas para el desarrollo en los países de

Europa se consideran tres tipos de regiones:

— zonas rurales subdesarrolladas con vida primitiva y elevado porcentaje de emigración

— zonas urbanas con importante concentración poblacional, pero que pueden seguir creciendo y

— áreas industriales saturadas cuyo crecimiento es preciso coartar.

Cada país debe extender su crecimiento sobre un determinado número de regiones urbanas y reducirlo en las hiperdesarrolladas para evitar los elevados costes sociales y los graves trastornos de todo orden que produce el desbocado fenómeno megapolitano de nuestra era.

Pero en todo caso también es preciso acabar con la tradicional dicotomía campo-ciudad; ni el retraso de los pequeños núcleos de infraestructura carencial que viven en un retraso inadmisiblemente ni la congestión neurótica y desafectada de las grandes urbes. La ciudad debe extenderse por el campo en un proceso de *inurbación* que absorba el crecimiento poblacional en núcleos fragmentarios de dimensión funcional adecuada de lo que es un ejemplo elocuente la *suburbia plurality* de Norteamérica.

Señalamos el interés de los ensayos dedicados a la planificación del desarrollo: planes físicos y planes económicos con traducción de éstos en aquéllos a través de los correspondientes proyectos adaptados a situaciones y regiones concretas. Los planes físicos basados en amplia información estadística deben definir unas normas de actuación para el logro de los objetivos que hagan frente a la demanda de la región en cuanto a su red de transportes, vivienda, servicios sanitarios y educacionales, equipamiento industrial, y demás necesidades. La planificación debe hacerse con un futuro abierto; un margen de libertad es necesario para la readaptación sucesiva de los planes durante el generalmente dilatado período que requiere el desarrollo. Las circunstancias y modelos pueden cambiar en este período y es preciso revisar los programas para poder enfrentarse con nuevas situaciones considerando las opciones posibles y tomando las decisiones correspondientes en los momentos adecuados.

El ensayo relativo a la teoría de la localización regional se basa principalmente en la experiencia americana, singularmente en los estudios de Lösch sobre la región operativa y los modelos correspondientes a la formación de núcleos industriales; asimismo se consideran los factores de interacción entre el transporte y el uso del suelo.

En la localización industrial se presentan circunstancias diferentes que requie-

ren las soluciones que corresponden a sus condiciones específicas:

— descongestionar de industria las grandes ciudades, denegando autorizaciones a nuevas instalaciones y llevando fuera del casco urbano las industrias molestas o las que tengan coartada su expansión

— reconversión de las industrias adaptándolas en lo posible a la nueva tecnología

— distribución de la industria por todo el territorio para favorecer el desarrollo armónico.

En todo caso es preciso evitar la centralización y la hipertrofia de las áreas industriales, debidas en parte a la propia estructura política del país; en este aspecto se citan las ventajas de la organización federal que favorece la diversificación de áreas regionales desarrolladas.

Se establecen unas líneas metodológicas en cuanto a localización de polos de crecimiento, zonificación, dotación de servicios y ordenamiento legal adecuado, con los horizontes de competencia de los distintos Organos administrativos. Pero el interés del desarrollo regional afecta también notablemente al sector privado dada la amplia estructuración que éste adquiere en las grandes empresas de ámbito nacional e internacional.

El planeamiento que se deriva de un análisis, lo más exhaustivo posible, de las condiciones actuales y potenciales de la región deberán aplicarse con voluntad política, realista y objetiva, secundada por un eficaz tratamiento tecnológico como postula cualquier acción de gobierno en un Estado moderno. Para ello se crearían los Organos administrativos necesarios que impulsen, controlen y coordinen el desarrollo de acuerdo con los objetivos fijados, sin olvidar el criterio de programación dinámica a que antes nos referíamos.

El tipo de inversiones y su localización son condicionantes básicos en la estrategia del desarrollo a cualquier nivel, pero juntamente con esto hay que considerar el impacto social que puede no coincidir con la optimización económica. En todo caso es necesario un profundo conocimiento de la estructura de las regiones y de su potencial de recursos para decidir la localización geográfica y la cuantía de las inversiones que a ellas se destinen en los distintos sectores, pero sin olvidar una integración de resultados hacia los objetivos de la nación.

Para obtener los mejores rendimientos es preciso una coordinación de los distintos proyectos, tomando el término *proyecto* en la amplia acepción que se le dio por primera vez en los estudios del Banco Mundial, o sea con un sentido

equivalente a propuesta de inversiones de capital en obras u otras actuaciones destinadas a proporcionar bienes y servicios. Y tales proyectos no deben considerarse solo para la distribución presupuestaria, sino para la realización con todos sus condicionantes. En obras, singularmente, con el cumplimiento de los plazos de ejecución que son básicos para determinar amortizaciones y rentabilidades y en consecuencia para los análisis de selectividad que de otro modo serían invalidados.

Simultáneamente, con el interés por la ordenación del territorio, o quizá con algún pequeño desfase, ha ido creciendo el interés por la economía regional. Anteriormente los economistas, más ocupados por los ciclos en el tiempo o los problemas a escala nacional, continental o planetaria, prestaban poca atención a la organización espacial de la economía a nivel de regiones. Tal organización sólo fue objeto de estudio de algún profesor centroeuropeo —quizá por una preocupación federalista—, pero no por las escuelas anglosajonas en las que la localización no era considerada como una variable importante.

Hoy se considera cada vez más necesaria una estrecha colaboración entre planificadores y economistas para la que éstos últimos tendrán que saltar sus barreras disciplinarias y asimilar conocimientos procedentes de las investigaciones del geógrafo, del urbanista y del sociólogo.

En los estudios de planificación regional —básicos para la ordenación del territorio— se debe considerar de modo explícito desde el punto de vista económico, la influencia de la localización industrial y de las distancias virtuales de transporte, de la distribución espacial de la población y de los centros de actividad a través de las nuevas técnicas de: modelos de gravedad, multiplicadores regionales, modelos de decisión, programación lineal, análisis *input-output*, estudios de costes-beneficios y análisis de sistemas.

Existe una preocupación creciente por la macroeconomía regional que aspira a la prognosis de variaciones a corto y a largo plazo en las actividades del área considerada, en términos de la interacción de algunas variables paramétricas (índices de consumo, importación y exportación, *ratios* capital-producción, etc.). Pero no puede extenderse la teoría macroeconómica al análisis regional sino es considerando en profundidad las características diferenciales de las regiones. En la ordenación regional se tropieza con diferencias importantes en cuanto a densidad demográfica, actividad agrícola o industrial, frecuentación turística, etc.

Los asentamientos urbanos con sus distintas dimensiones originan una jerarquía; dominan los núcleos mayores, focos de atracción de los movimientos migratorios y hay una tendencia de la industria a concentrarse en las zonas de mayor desarrollo por un proceso autosostenido. Pero a pesar de inevitables inercias hoy pueden variar los criterios de decisión en materia de localización industrial y por el progreso tecnológico —singularmente en las posibilidades de transporte— puede decirse

que una gran parte de la industria «no tiene raíces».

En el aspecto económico no puede olvidarse la integración de las regiones en un marco interregional. Podrá haber contradicciones entre los objetivos de las diferentes regiones, lo que dará lugar a presiones de sus representantes políticos cerca del Gobierno para modificar los planes previstos o conseguir un trato preferente en la asignación de los fondos del Estado. Tales presiones pueden ir en contra de la optimización del destino de los créditos; por ello debe reforzarse la postura del Gobierno como árbitro absoluto de las decisiones de inversión de acuerdo con una rigurosa jerarquía de objetivos. Desde luego que esta consideración cobra singulares perfiles en nuestro país con el expectante funcionamiento de los regímenes autonómicos.

La planificación debe ser respaldada por un poder ejecutivo fuerte que garantice su realización a través del cumplimiento de los programas, paliando o corrigiendo todas y cada una de sus consecuencias negativas que no hubieran sido previstas. A esta circunstancia se debe el éxito de las *Authorities* que establecidas como agencias semiautónomas del Gobierno en un marco geográfico regional o local, arbitran y controlan los recursos suficientes para llevar a cabo diversos programas. Este fue, por ejemplo, el caso de la transformación del Valle del Tennessee —basada en el aprovechamiento integral del río de ese nombre hasta entonces temido por sus devastadoras crecidas— primera de las realizaciones dentro de la política del *New Deal*, que fue la respuesta de la Administración Roosevelt a la gran depresión de 1929.

En todo caso cualquier planificación requiere un compromiso político a largo plazo, institucionalizado, con una Administración inmutable en cuanto a unos objetivos suficientemente debatidos y justificados, para que lo planificado sobreviva a los posibles cambios de régimen político.

Los modelos de localización deben ir acompañados de estímulos positivos. El Estado con sus fondos creará las infraestructuras y servicios que atraigan al inversionista privado a escala suficiente para hacer posible el despegue y la potenciación del desarrollo, venciendo la dura competencia de las regiones de solera industrial mucho mejor equipada en todos los aspectos. Al mismo tiempo se ayudará con una serie de incentivos: exenciones o reducciones fiscales, acciones concertadas, cesión de terrenos comunales, subvenciones oficiales, habilitación de líneas especiales de créditos a medio o largo plazo con bajo tipo de interés, reducción de tarifas aduaneras, etc. En algunos países como Inglaterra se ha establecido la llamada *imposición diferencial* con una escala de valores en que los máximos corresponden a la zona de Londres.

No se oculta que esta diversificada ayuda financiera debe ser grande para ser eficaz —o sea, para que la competencia con las regiones industrializadas sea real— y pueda imponer una carga excesiva al

tesoro público restando disponibilidades para otras alternativas más rentables. Pero tampoco hay que olvidar el carácter preferente de los aspectos sociales en la ordenación del territorio para la corrección de desequilibrios regionales.

A ello contribuirá la creación o intensificación de la industria en las zonas rurales más deprimidas, la reorganización de la agricultura y la redistribución de la población excedente, tratando de lograr un proceso autosostenido de desarrollo, basado en el ahorro regional y en la ampliación de los mercados en la región. Tales actuaciones requerirán un cambio de estructuras que deberá inscribirse con carácter preferente en las tareas de Gobierno.

A través de este breve comentario puede adivinarse el interés del libro de referencia que aporta un interesante esquema de teorías y experiencias sobre el planeamiento regional y el análisis en que éste debe basarse con sus aspectos de localización de actividades, programación de inversiones ajustadas a las fases previstas y ayudas económicas selectivas en función, esencialmente, tanto de la rentabilidad como de la corrección de desequilibrios. Temas todos muy importantes para los profesionales, integrados en equipos multidisciplinarios, a quienes compete la honra de ordenar y estimular el desarrollo de su país. *Olegario LLAMAZARES.*

Psychanalyse et Urbanisme. A Mitscherlich

Gallimard. París, 1980.

Alexander Mitscherlich, médico y escritor fecundo, es actualmente director del Instituto Sigmund Freud, de Francfort. Sus diversos libros responden a un *leit-motiv* común y ciertamente muy interesante en la época en que vivimos: la misión responsable del psicoanalista en la organización de la sociedad y su aportación en los enfoques socio-históricos para analizar los grandes temas de nuestra civilización.

Al abordar en el libro que comentamos el gran tema interdisciplinar que es el Urbanismo, desde el ángulo del psicoanalista y del psicólogo, se mantiene en duro censor de los planificadores que, a su juicio, y como consecuencia de una mentalidad predominantemente tecnocrática, olvidan que la ciudad se hace para que la habiten seres humanos.

El libro es todo un *Yo acuso* al Urbanismo, basado hasta ahora, sobre ideas fijas: eliminación de deficiencias técnicas, establecimiento de medios rápidos de comunicación, aprovechamiento intensivo del suelo, etc., pero olvidando las comunicaciones afectivas que fueron tan permanentes y vivas en la era preindustrial.